

Frente libertario

Madrid,
20 de noviembre
de 1937

NUMERO 331 (52)

editado por el comité de defensa confederal -:- región centro

El héroe cumplió su deber

Cuando Madrid estaba en peligro, acudieron en su ayuda, llevando su equipo de entusiasmo y de capacidad de sacrificio los mismos hombres que hacía meses habían sido capaces de cortar en flor la sublevación en Barcelona—uno de sus más fuertes reductos—y de extender la bandera de la Libertad por tierras aragonesas. Los proletarios de Madrid tuvieron un suspiro de alivio y de entusiasmo cuando aparecieron en nuestra ciudad los curtidos hombres de Durruti; curtidos en la guerra, curtidos en la revolución, curtidos ya en esta lucha que desde hace tantos meses ensangrienta los campos españoles.

Eran los mismos de siempre, los mismos de Barcelona y de Aragón. Igual entusiasmo encendía su mirada y los deseos de victoria eran iguales que cuando se lanzaron a la lucha en las Ramblas catalanas; hermanos de clase y de lucha que acudían en socorro de sus compañeros en peligro ante la avalancha de hombres y de material que se desbordaba sobre las llanuras castellanas, amenazando con cubrir de fuego, metralla y destrucción todos los campos y todas las ciudades de España. Y aquí, en Madrid, ante las mismas calles de nuestra ciudad, se lanzaron las "tribus" al combate en los mismos días en que la prisa se desmadejaba en rápido rodar de automóviles hacia Levante.

¡Hombres de Durruti! ¡Hermanos de lucha que supisteis llegar a Madrid a cumplir hasta el fin vuestros deberes de proletarios! ¡Sobre vuestra conducta inmaculada escurre inofensivamente la baba de los que pretenden ofenderos! ¡Dejad que las ranas croen! Por mucho que pretendan insultaros, en el fondo de sus corazones, desde su pequeñez y desde su cobardía, os admiran y os envidian. Y, cuando se sedimenten las revueltas aguas de la actualidad guerrera que vivimos, siempre el sitio de honor en la historia de nuestra gesta os corresponderá a vosotros; a los proletarios, a los luchadores.

Durante bastantes días hemos observado un "silencio de cadáveres". Pero todavía no nos hemos muerto. Acompañamos en su sentimiento a los que nos creían ya en la tumba fría. ¡Qué se le va a hacer! ¡La vida está llena de desilusiones!



Y "esto" fué lo que perdieron las "tribus" de Durruti al parar en seco el avance fascista

Todos lo saben; fué en la Ciudad Universitaria donde Buenaventura Durruti murió. También todos lo saben: fué en la Ciudad Universitaria donde quedaron frenadas las tropas rebeldes; fué allí donde terminaron los avances de aquella gran ofensiva que creían había de terminar con la caída de Madrid y la victoria definitiva y rotunda de Franco y los suyos.

Desde el comienzo mismo de la rebelión militar estuvo Durruti en su puesto de combate, de avanzada proletaria, de lucha revolucionaria. Vividas intensamente las jornadas victoriosas de Barcelona, supo Durruti mandar las "tribus" corajudas a través de las tierras aragonesas y supo arrancar cientos y cientos de kilómetros cuadrados a la dominación de los militares sublevados. Allí se encontraba cuando sobre Madrid avanzaban las turbas marroquíes y legionarias; allí estaba cuando por los confines todos de España corrió el palpitar doliente de una voz que en los pusilánimes era suspiro de derrota: ¡Madrid! ¡Madrid! Y a Madrid vino Durruti con sus hombres, en magnífica prueba de solidaridad y de sacrificio, en renunciación rotunda de todas sus posiciones logradas a costa de tantos esfuerzos, de tantos camaradas caídos... La muerte espiaba sus pasos; quizás él mismo presentía aquel abrazo definitivo en que los ojos se cierran para siempre. Pero su puesto de combate estaba en Madrid, y a Madrid acudió solícito,

¡Durruti ha muerto! lloraban los labios proletarios de todos los madrileños; ¡Durruti ha muerto! chirriaban los fusiles de los combatientes de primera línea al enfilear a las avanzadas enemigas; ¡Durruti ha muerto! palpitaban las plantas y las piedras en aquellos días de prueba. Pero, si con la muerte de Durruti perdimos un héroe, ganamos todo un símbolo, un ejemplo magnífico, un modelo que imitar. Por eso, Durruti, en el primer aniversario de su muerte, está más vivo que nunca en las mentes y en los corazones de todos los proletarios es-

pañoles; por eso, en medio de todos los reveses y de todos los desengaños, la memoria de Durruti sigue impulsando a los trabajadores de España hacia el deber y el sacrificio; por eso, cuando la desesperanza quiere prender en el ánimo de nuestros soldados, se aferran éstos al recuerdo del caído y renuevan firmemente sus promesas de sacrificio y de lucha; por eso,

cuando el silbar de la metralla se hace denso y frío, cuando las esquirlas de plomo abren surcos dolorosos en las filas de los trabajadores españoles, nuevos hombres saltan a cubrir el puesto vacante. Para honrar a Durruti, para cumplir el último mandato de sus ojos semivelados, para seguir el ejemplo de su conducta, para que la victoria, la victoria limpia, por la que todo

lo supo sacrificar Buenaventura Durruti, se convierta en una realidad viva y palpante, cuajada de promesas de vida redimida.

Se ha cumplido un año; nuevos años pasarán, y por encima de las horas y de los días siempre flotará, como ejemplo y como símbolo, el nombre y el recuerdo de Durruti. Y cuando ya casi se hayan olvidado los detalles de esta lucha gigantes-

ca que el pueblo español sostiene firmemente, heroicamente, para asegurar la paz, la libertad y el trabajo a sus hijos, más de un hombre de pelo cano, teniendo sobre sus rodillas la carne tierna del nieto, acariciando sus cabellos revueltos y jóvenes, contará la leyenda del 20 de noviembre: "Todos lo saben; fué en la Ciudad Universitaria, donde Durruti murió..."



EL ESPIRITU DEL PUEBLO SABE LO QUE DEBE AL HOMBRE QUE CAYO. DURRUTI DIJO DOS FRASES. UNA AL ENEMIGO: "¡NO PASAREIS!" Y NO PASARON. OTRA AL PUEBLO: "RENUNCIO A TODO MENOS A LA VICTORIA." Y LO CUMPLIO. RENunció INCLUSO A LA VIDA.

Ayuntamiento de Madrid

Talleres Socializados del S. U. I. G. (C. N. T.)